

LA SEMANA Cómica



15 cent

EL NOMBRE

Los nombres sirven con la frecuencia para significar, no lo que son las cosas, sino lo que debieran ser.

La política es una ciencia que nos suministraría abundantes ejemplos en comprobación de esta verdad.

Sin penetrar en los abismos de esa ciencia del bien particular y del mal público, podemos distinguir perfectamente que se llama política el derecho que han adquirido los hombres de tratarse de la peor manera posible.

Un nombre es indispensable; sin él no se puede existir.

La necesidad de esta parte precisa de todas las cosas, nos hace incurrir con frecuencia en graciosos contrasentidos y en terribles sarcasmos.

Observad que se llama *calle* el sitio donde es absolutamente imposible imponer silencio.

Observad que se llama *cara* una cosa que todo el mundo posee de balde y que no se puede adquirir por el dinero.

Fijaos bien en que la gramática declara nombres propios á Juan, á Pedro, á Miguel y á Esteban, cuando no hay un hombre que pueda disponer libremente del nombre de Esteban, de Miguel, de Juan y de Pedro.

Las esquinas de Madrid se han estado riendo de la humanidad durante algún tiempo, con la seriedad admirable de este singular anuncio:

DELEITO SACAMUELAS

Lo primero que un hombre necesita al venir al mundo es un nombre.

Parece que un niño recién nacido no es nada, hasta que se eleva á la categoría de Francisco, de Emilio, de Nicolás ó de Antonio.

Suprimidle el nombre por un momento al más íntimo de vuestros amigos, y ya no le conocéis.

Se transforma un hombre, se descompone su semblante, se desordenan sus miembros; pero todavía es Juan, aquel Juan que ha ido con nosotros á la escuela; es el mismo, el mismo Juan; á nadie se le ocurre dudarle.

Pero suponed que no ha experimentado en su persona transformación ninguna; que su semblante no ha sufrido variación, ni sus miembros han perdido la forma primitiva, ni siquiera se ha quedado calvo; pero ha perdido su nombre y ha tomado otro; es decir, ha dejado de ser Juan. Entonces ya no le conocéis.

Vosotros no conocíais más que á Juan, y ese no es Juan.

Todo lo más que os podéis permitir, es una exclamación que acaba con la duda que pudierais tener.

—¡Qué diablo! decid. ¡Cómo se parece á Juan! El nombre es el único conocimiento sólido que tenemos de los hombres.

Si fuera posible que una mañana amanecieran los habitantes de un pueblo con nombres distintos de los que tenían el día anterior, la confusión sería espantosa.

Imaginaos á una mujer honrada despertando al lado de un hombre que no es Pedro, aquel Pedro con quien se había casado ante Dios y el mundo.

Imaginaos una novia próxima al matrimonio, cuyo novio ha desaparecido.

Imaginaos, en fin, un prestamista cuyas víctimas se han escapado, dejándole por toda garantía una lista de nombres sin personas. Esto es, una colección de bolsillos vacíos.

Lo que sucedería con los hombres, eso mismo sucede con las cosas.

Cambiad repentinamente los nombres de las calles de una población, y veréis como nadie sabe donde vive.

Todos haríamos la misma pregunta que me dirigió una noche un pellejo de vino que se me apareció bajo la forma de un gallego.

Como él todos preguntáramos:—¿Sabe usted dónde está mi casa?

Esto mismo sucede con las ideas.

Cada día amanecen con nombres distintos.

Cada uno tiene su almanaque, su religión y su libertad para bautizarlas á su gusto.

Hay una porción de cosas que, como á los niños á quienes se les ha bautizado con el nombre de César, de Anibal ó de Sócrates, llevan como lo más natural del mundo, los nombres de Derecho, de Razón, de Justicia y de Moralidad.

El nombre es el secreto de todas las cosas.

Pero si á una silla le basta llamarse silla y á una estufa negocio, y á la licencia libertad, el hombre, superior á las cosas y á las ideas, rey de la creación y dueño del universo, necesita más que un nombre.

Juan, sólo puede ser Juan hasta los quince años.

Desde ese momento el nombre de Juan no le basta; es preciso que adquiera un título que añada á su persona.

Entonces empieza á trabajar asiduamente para alcanzar más tarde ese título indispensable.

Unos encuentran el título de abogados; otros el título de funcionarios públicos; otros alcanzan el título de vagos.

Al que ha nacido marqués ó conde ó duque, no por eso el mundo le perdona el título que tiene obligación de adquirir por sí mismo.

Entonces busca en los salones el título de gran partido, en casa del sastre el título de elegante.

Los que no tienen siquiera la aptitud necesaria para alcanzar el título de poeta, de escritor público ó de filósofo, buscan sin descanso los títulos de la Deuda.

Todavía el hombre sobre el nombre y sobre el título necesita el epigrafe.

No le basta el título de médico, necesita el epigrafe de *médico de cámara*.

No le basta el título de carpintero; necesita el epigrafe de *carpintero de la Real Casa*.

No le basta el título de comerciante; necesita el epigrafe de *Precio fijo* ó *La corona de Oro* ó *Al siglo XIX*.

No le basta el título de poeta, escritor público ó filósofo; necesita el epigrafe de *diputado*, de *senador* ó de *ministro*.

No le basta el título de bolsista; necesita el epigrafe de *banquero*.

No le basta el título de vago; necesita el epigrafe de *usurero*, de *jugador* ó de *petardista*.

El que no alcanza su título y su epigrafe, no será nunca más que Juan ó Pedro ó Antonio; esto es, un hombre desconocido; tan desconocido, que si no llevara el nombre de Juan, de Antonio ó de Pedro, no existiría.

El nombre es indispensable para existir; es, como si dijéramos, la respiración de las cosas.

El nombre es muchas veces un signo de fortuna ó de desgracia.

La casualidad ha presentado ejemplos que prueban la influencia feliz ó funesta del nombre.

Imaginense ustedes un médico que se llama Mata.

Pasen ustedes la consideración sobre un poeta que se llame Malo; sobre un actor que se llame Silva.

Consideren ustedes un sastre que se llame Caro.

Pero donde se vé un terrible sarcasmo es en un pobre que se llame Rico.

Todavía el nombre lleva más allá el culpable placer de sus crueldades.

He aquí un ejemplo:

Conozco á un honrado artesano que se llama Araño. El último cólera lo dejó viudo, y queriendo dar un testimonio sencillo y tierno del amor que profesaba á la madre de sus hijos, hizo colocar una lápida modesta sobre la sepultura, con esta inscripción breve y elocuente:

ARAÑO Á SU MUJER

En las listas de las votaciones del Congreso, he visto que un señor diputado se llama Taravilla.

Semejante apellido es una mordaza. Si es orador, debe callar.

Hasta ahora ha tenido la discreción de no pedir la palabra.

La elocuencia más vigorosa, la situación más grave y la formalidad más seria quedan desconcertadas ante esta frase pronunciada por el presidente:—El señor Taravilla tiene la palabra.

Algunas veces se entretiene también el nombre en confundir los hombres y las cosas.

Véase otro ejemplo:

En un taller donde se fabrican marcos para cuadros y espejos con toda clase de adornos, hay un letrero, fastuoso por lo grande y por lo dorado, que dice:

MARCOS MOLDURAS

Yo no sé si es el nombre del dueño del taller ó es el nombre de los objetos que allí se fabrican.

Me divierte esta duda y no quiero salir de ella.

De la misma manera hay nombres que llevan consigo la fortuna, como don Juan Tenorio llevaba el escándalo.

Imaginense ustedes un soldado que tenga la ventura de llamarse Valiente.

Por más que huya, nadie tendrá derecho á negarle el nombre de valiente.

Existe en Madrid una taberna célebre, cuya prosperidad va en aumento.

¿Saben ustedes de qué depende su fortuna? De que el dueño tiene un nombre que llena todas las medidas.

Encima de la puerta hay una tablilla, en la cual campea esta combinación de sílabas, que se derrama gritando:

COLMADO

Excuso decir la felicidad del que se llama Franco.

En París que tantas cosas se dan, se hacen y se dicen por un franco, todo debe ser suyo.

¡El nombre! En lo que con tanta facilidad se da, se quita y se cambia, consisten generalmente las relaciones que tenemos con los hombres, con las cosas y con las ideas.

Este mundo es una perfumería, donde es preciso que cada tarro tenga su rótulo, porque ese rótulo es el que compran los consumidores.

Comerciante ó poeta, albañil ó fondista, el hombre lo que necesita es nombre.

¡Cuántos genios pasarán por la vida desconocidos, porque no han tenido la previsión de buscarse un nombre!

¿Qué queda de Sócrates, de Alejandro, de Homero y de Licurgo?

El nombre.

Decía Arquímedes: «Dadme una palanca y un punto de apoyo, y levantaré el mundo.»

Yo pido menos para hacerme mucho más.

Dadme nombre y me comprometo á vivir hasta el fin del mundo.

JOSÉ SELGAS.

PERIQUITO ENTRE ELLAS

I

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez...

¡Anda! Las diez de la noche y aun está ese Lucifer de Periquito en... ¡Dios sabe, Dios sabe dónde estará él! ¡Si me ha de matar este hijo, si no le puedo traer á mandamiento, si rabia por las muchachas, si es de la misma piel del diablo! Pero ahí le tenemos. ¡Quién! —Abra usted, madre.

En canal debiera ser.

¡Qué horitas de recojerse!

Hijo, te po-tas muy bien.

¡Como hay Dios, te ha aprovechado el sermoncito de ayer!

¡Ah! ¡Si viera estos desórdenes tu padre, que en gloria esté!...

—Mi padre, cuando era joven... sería joven también

—Calla, condenado, calla, y no me hagas más perder la paciencia. Cuarenta años casada estuve con él, y nunca se recogió

—¿Que te abra?

después del anochecer.

A la oración, á casita;

á cenar poco después;

tras de la cena, el rosario,

y á la camita á las diez.

—Pues es claro, los casados

tienen en casa su aquel,

y uno tiene que buscárselas

donde Dios le dá á entender.

—¡Hijo, eres incorregible!

Habrás estado también

esta noche de cortejo,

¿no es verdad?

—¡Pues ya se vé que he estado!

Seinem freundlichen Wirth
Herrn Louis Kraft.

Oril d'Amsterdamer Leichlied.



1. Der Wirthliche sind gemacht doch selten wird die Thal noll.
2. In meins Vaters Stadt, was hab ich dort vom Magist.
3. Von ihm, der mich so schon empfing, forder mein rühmend Lied an.



beacht: was ein Wirth zu thun l. den schafft das ordt noll.
beacht: Der mit hier Wirth und Wirth. den schafft, das ordt der
Kling: Des König Thum, der Kämmerer schafft immer noch



Worte, sondern Kraft.
ed. le Wirth, den Kraft.
Wirth, es lebe Kraft!

Mohr de Camsee Leipzig. 22 April. 1871.

Richard Wagner



—¿Qué! ¿Qué me quieres decir?
—Que te prepares, Don Juan,
porque contados están
los días que has de vivir.

—Por las muchachas en presidio te has de ver.
—Si hay muchachas en presidio, bien haya el presidio, amén.
—Hijo, sienta esa cabeza.
—Madre, no se canse usted.
Contra veneno, triaca, agua fresca, cuando hay sed, para las sardinas, vino, para el hombre, la mujer.

II

—¿Dónde has estado esta noche?
—Esta noche! Diré a usted: primero, a ver a la Pepa, luego, a ver a la Isabel, después, a ver a la Antonia, después, a ver a la Inés, después, a ver...

—¡Al demontre que cargue contigo, amén! Dios me perdone, que sois capaces de hacer perder la paciencia a un santo.

—Madre, para contentarla a usted, traigo aquí un moscatelito que está diciendo: bebed.
—Anda, zalamero, anda, que al cabo siempre has de hacer tu gusto. Cenemos, hijo.
—Pruebe usted el moscatel para hacer boca.

—Clan, clan...

—¿Qué tal?

—Un almibar es!
—¿Tenemos sardinas? Aquí del cantar aquí:
para las sardinas, vino...
Ande usted, madre, ande usted, otro trago.

—Clan, clan, clan...

¡Es dulce como la miel!

—Muchas noches le traería, ¡pero si no puede ser venir a casa temprano yendo tan lejos por él!

—Si no vienes a las nueve, anda, vendrás a las diez... De las cosas regulares yo nunca me apartaré.

—¡Si siempre está usted gruñendo!

—Gruño porque no está bien que un joven como Dios manda, toda la noche se esté por ahí haciendo carocas y mimos, Dios sabe a quién!

—A unas chicas más saladas que estas sardinas... La Inés tiene unos ojos... ¡qué ojos! la Isabel un pie... ¡qué pie! la Antonia un pelo... ¡qué pelo! la Pepa un aquel... ¡qué aquel!
—¡Calla, condenado, calla!

—Madre, no se canse usted,
Para las sardinas, vino, para el hombre, la mujer.

III

—¡Mal año para tus coplas y tus muchachas también!
¡Se me va a volver veneno lo que acabo de beber!
—*Contra veneno, triaca, y si no la hay, moscatel.*
¡Arriba, madre!

—Clan, clan, clan, clan... Este Lucifer de chico me va a achispas... ¡Bendito sea Noé!

¡Cómo me engatusa este hijo con sus dedadas de miel!

¡Vaya, si es lo más gitano que ha nacido de mujer!

Ya se vé, así las muchachas se prevarican por él.

—¡Cá! ¡Por mí prevaricarse las muchachas! Yo soy quien me prevarico por ellas, y aun así no puedo hacer que me quieran.

—¿Es posible?

¡Qué escucho, Dios de Israel!
¡Con que no te quieren?

—¡Cá!

—Las tontas, las... Mire usted, las mocosas, las... Sin duda buscarán algún marqués. Con un canto en los hocieos se dieran porque una vez las miraras tú a la cara...
—Pues las he mirado cien y no se dan.

—Vanidosas, que no tienen sobre qué caerse muertas, ni valen dos cuartos, ni hartas se ven...
—¡Pero qué está usted ahí hablando si no las conoce usted?
—¡En dónde encontrarán ellas otro más hombre de bien, ni más guapo, ni más hábil que mi chico, aunque me esté mal el decirlo! Envíalas todas noramala.

—Eso es;

y luego andaré por ahí hecho un tonto, sin saber con quien juntarme.

—¿No tienes amigos?

—Pues ya se vé que los tengo; pero... madre, pan con pan no sabe bien. Entre faldas he nacido y entre faldas moriré, con que así, no hay que cansarse...
—¡Ah, maldito de cocer!

tú me has de quitar la vida...

—Madre, no se canse usted:
para las sardinas, vino, para el hombre, la mujer.

IV

—Madre, otro trago.

—¡Tú estás

empecatado! ¡No ves qué he bebido cinco ya?

—Con uno más serán seis.

Sobre chispa más o menos...

—Pues venga, no creas es desprecio... Clan, clan, clan, clan, ¡Cómo se deja beber el picaro! ¡Y que se sube a la cabeza!

—Ande usted, que estando la cama cerca, la chispa no es de temer.

—¡Calla! ¡Ha parido la gata?

—¡La gata?

—Si. ¡Para qué has encendido otra vela?

—(Ya hizo efecto el moscatel.)

Toma, para que usted vaya a acostarse.

—Pues me iré.

Conque... buenas noches, hijo.

—Madre, que usted duerma bien.

¡Qué es eso?

—Es... que he tropezado con... esta infame pared.

—Pues señor, ¡viva la Pepa, y vivan también la Inés, y la Joaquina, y la Antonia, y la Petra, y la Isabel, y la... todas las muchachas, por siempre jamás, amén!

¡Para que yendo esas chicas al baile de Lavapiés, esta noche Periquillo no fuera al baile también! Ya está roncando la abuela, y aunque le arranquen la piel, se está durmiendo la turca hasta mañana a las diez. Conque busquemos la llave y echaremos a correr, que me voy a divertir esta noche a tutiplén. Me muero por las muchachas, y... ¡qué diablo! es menester ser uno de pederal para no quererlas bien; porque las muchachas tienen mucha sal y mucho aquel, y por más que me prediquen, yo a la copla me atrederé.

Contra veneno, triaca, agua fresca cuando hay sed, para las sardinas, vino, para el hombre, la mujer.

ANTONIO DE TRUEBA.

FRAGMENTO

Oye: tiene mil azares esto de tomar mujer. Por de pronto, suelen ser malos los preliminares. Estos son ansias, desvelos, citas, rondas, desafíos,

trasnochadas y desvíos y peloterías y celos. Suele la amada beldad traerte a veces sin tino, guiñando el ojo al vecino... Todo esto es malo; es verdad.

Decidiste a ser esposo y sufres, ¡que es la más negra! de la veterana suegra el exámen codicioso.

Viene el gasto ¡es cosa óbvia! y te exprimen sin piedad,

cuando no la vanidad,
los caprichos de la novia.
Llegamos al desposorio:
¡das el suspirado sí...!

¡Gracias á Dios! hasta aquí
has pasado el purgatorio
¡Mas preso en el lazo tierno,
tu amoroso afán reposa!

¡Oh, entonces ya es otra cosa;
entonces entra el infierno!...

A. GARCIA GUTIERREZ.

EL ADEREZO DE ESMERALDAS

Estábamos parados en la Carrera de San Jerónimo, frente á la casa de Durán, y leíamos el título de un libro de Mery.

Como me llamase la atención aquel título extraño, y se lo dijese así al amigo que me acompañaba, éste, apoyándose ligeramente en mi brazo, exclamó:—El día está hermoso á más no poder; vamos á dar una vuelta por la Fuente Castellana. Mientras dura el paseo, te contaré una historia en la que soy el héroe principal. Verás cómo, después de oírla, no sólo comprendes el título, sino que te lo explicas de la manera más fácil del mundo.

Yo tenía bastante que hacer; pero como siempre estoy deseando un pretexto para no hacer nada, acepté la proposición, y mi amigo comenzó de esta manera su historia:

—Hace algún tiempo, una noche en que salí á dar vueltas por las calles, sin más objeto que el de darlas, después de haber examinado todas las colecciones de estampas y fotografías de los establecimientos, de haber escogido con la imaginación delante de la tienda de los Saboyanos los bronces con que yo adornaría mi casa, si la tuviese, de haber pasado, en fin, una revista minuciosa á todos los objetos de arte y de lujo expuestos al público detrás de los iluminados cristales de las anaquelarias, me detuve un momento ante la de Samper.

No sé cuanto tiempo haría que estaba allí reglando con la imaginación á todas las mujeres guapas que conozco, á ésta un collar de perlas, á aquella una cruz de brillantes, á la otra unos pendientes de amatistas y oro. Dudaba en aquel punto á quién ofrecería, que lo mereciese, un magnífico aderezo de esmeraldas, tan rico como elegante, que entre todas las otras joyas llamaba la atención por la hermosura y claridad de sus piedras, cuando oí á mi lado una voz suave y dulcísima exclamar, con un acento que no pudo menos de arrancarme de mis imaginaciones: «¡Qué hermosas esmeraldas!»

Volví la cabeza en la dirección que había oído resonar aquella voz de mujer, porque solo así podía tener un eco semejante, y encontré, en efecto, que era una mujer hermosísima. No pude contemplarla más que un momento, y sin embargo, su belleza me hizo una impresión profunda.

Á la puerta de la joyería de donde había salido, estaba un carruaje. La acompañaba una señora de cierta edad, muy joven para ser su madre, demasiado vieja para ser su amiga. Cuando ambas hubieron subido á la carretela, partieron los caballos, y yo me quedé hecho un tonto, mirándola ir hasta perderla de vista.

«¡Qué hermosas esmeraldas!» había dicho. En efecto; las esmeraldas eran bellísimas: aquel collar, rodeado á su garganta de nieve, hubiera parecido una guirnalda de tempranas hojas de al-

mendro, salpicadas de rocío; aquel alfiler, sobre su seno, una flor de loto cuando se mece sobre su movible onda, coronada de espuma. ¡Qué hermosas esmeraldas! ¿Las deseará acaso? Y si las desea ¿por qué no las posee? Ella debe ser rica y pertenecer á una clase elevada; tiene un carruaje en el que he creído ver un noble blasón. Indudablemente hay en la existencia de esa mujer algún misterio.

Estos fueron los pensamientos que me agitaron después que la perdí de vista, cuando ya ni el rumor de su carruaje llegaba á mis oídos. Y en efecto, en su vida, al parecer tan apacible y envidiable, había un misterio horrible. No te diré cómo, pero yo llegé á penetrarlo.

Casada desde muy niña con un libertino, que, después de disipar una fortuna propia, había buscado en un ventajoso enlace el mejor expediente para gastar otra ajena; modelo de esposas y de madres, aquella mujer había renunciado á satisfacer el menor de sus caprichos para conservar á su hija alguna parte de su patrimonio, para mantener en el exterior el nombre de su casa á la altura que en la sociedad había tenido siempre.

Se habla de los grandes sacrificios de algunas mujeres. Yo creo que no hay ninguno comparable, dada su organización especial, con el sacrificio de un deseo ardiente, en el que se interesan la vanidad y la coquetería.

Desde el punto en que penetré el misterio de su existencia, por una de esas extravagancias de mi carácter, todas mis aspiraciones se redujeron á una sola: poseer aquel aderezo maravilloso, y regalárselo de una manera que no lo pudiese rechazar, de un modo que no supiese ni aun de qué mano podría venir.

Entre otras muchas dificultades que desde luego encontré á la realización de mi idea, no era seguramente la menor que, ni poco ni mucho, tenía dinero para comprar la joya.

No desesperé, sin embargo, de mi propósito. ¿Cómo buscar dinero? decía yo para mí; y me acordaba de los prodigios de las *Mil y una noches*, de aquellas palabras cabalísticas, á cuyo eco se abría la tierra y se mostraban los tesoros escondidos, de aquellas varas de virtud tan grande que, tocando con ellas en una roca, brotaba de sus hendiduras un manantial, no de agua, que era pequeña maravilla, sino de rubíes, topacios, perlas y diamantes,

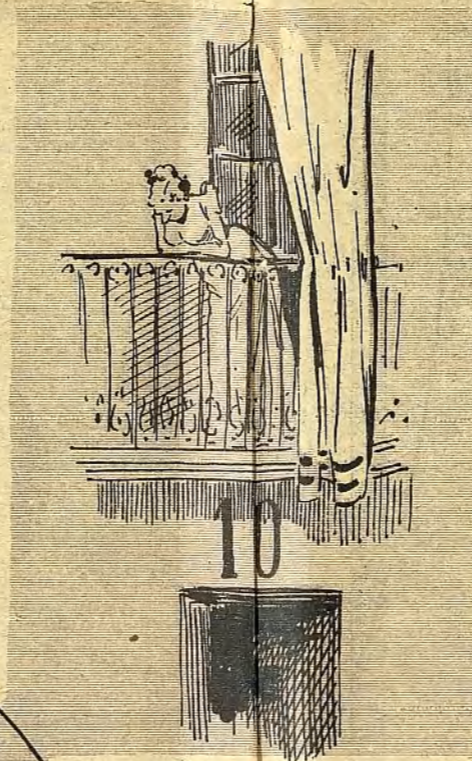
Ignorando las unas, y no sabiendo donde encontrar la otra, decidí por último escribir un libro y venderlo. Sacar dinero de la roca de un editor no deja de ser milagro: pero lo realicé.

Escribí un libro original, que gustó poco, porque sólo una persona podía comprenderlo; para las demás sólo era una colección de frases.

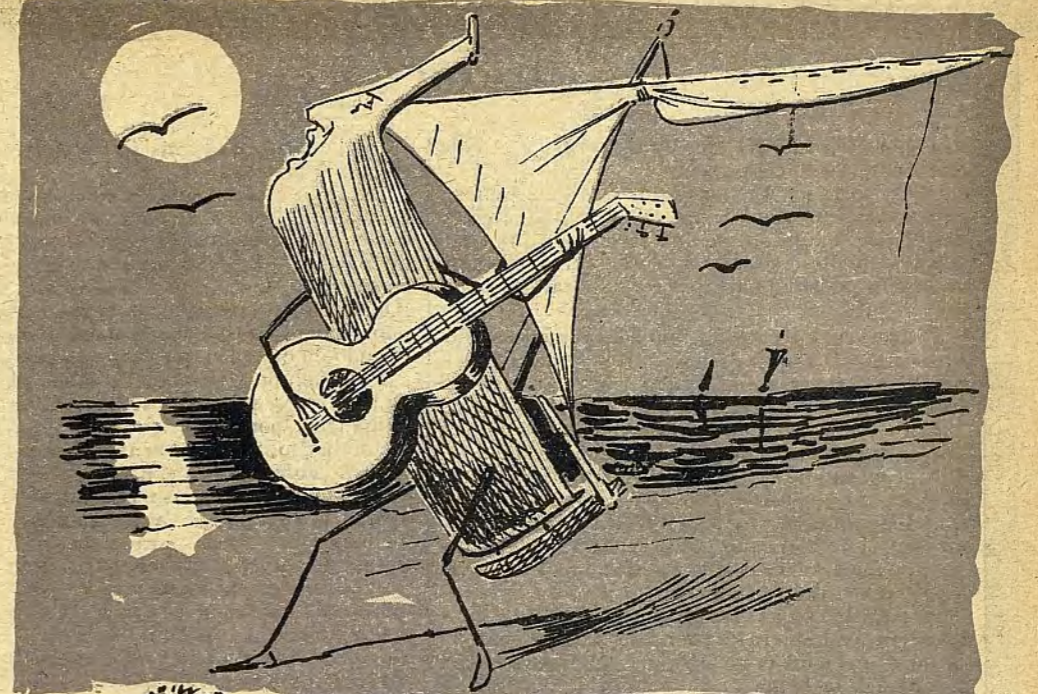
FRASES DE "DON JUAN TENORIO," por Lago



Yo á los palacios subí,
yo á las cabañas bajé,
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.



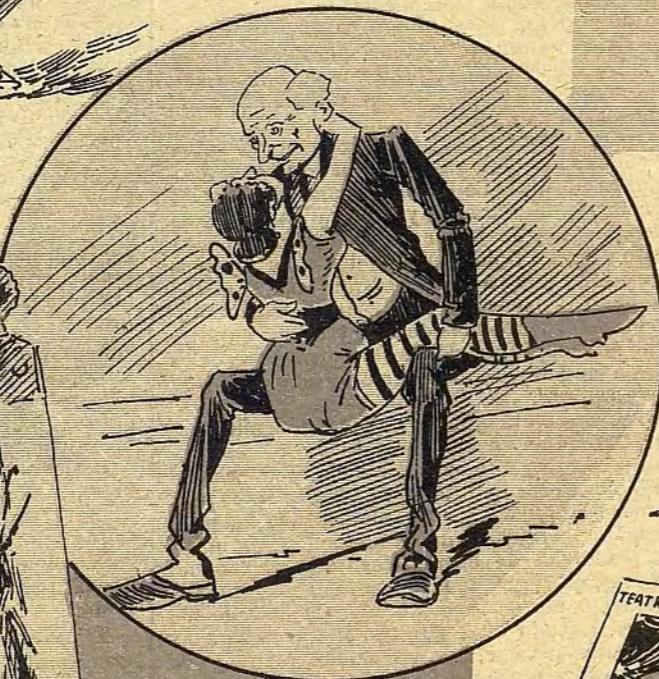
¡Pobre paloma enjaulada,
dentro la jaula metida,
qué sabe ella si hay más vida,
ni hay más aire en que volar!



La barca del pescador,
que espera cantando el día...



¡Magnífica es, en verdad,
la idea del panteón!



¡Anciano, la lengua ten!



Mas yo busqué compañía....



Y esas dos líquidas perlas,
que se desprenden tranquilas...



¡Oh, qué filtro envenenado
me dais en este papel...!

Al libro le titulé *El aderezo de esmeraldas* y lo firmé con mis iniciales solas.

Como yo no soy Victor Hugo, ni mucho menos, excuso decirte que por mi novela no me dieron lo que por la última que ha escrito el autor de *Nuestra Señora de París*; pero con todo y con eso, reuni lo suficiente para comenzar mi plan de campaña.

El aderezo en cuestión valdría como cosa de unos catorce á quince mil duros, y para comprarlo contaba ya con la respetable cantidad de tres mil reales; necesitaba, pues, jugar.

Jugué, y jugué con tanta decisión y fortuna, que en una sola noche gané lo que necesitaba.

A propósito del juego, he hecho una observación, en la que cada día me confirmo más y más. Como se apunte con la completa seguridad de que se ha de ganar, se gana. Al tapete verde no hay que acercarse con la vacilación del que va á probar su suerte, sino con el aplomo del que llega por algo suyo. De mí sé decirte que aquella noche me hubiera sorprendido tanto el perder, como si una casa respetable me hubiese negado dinero con la firma de Rothschild.

Al otro día me dirigí á casa de Samper. ¿Crearás que al arrojar sobre el despacho del joyero aquel puñado de billetes de todos colores, aquellos billetes que representaban para mí, cuando menos, un año de placer, muchas mujeres hermosas, un viaje á Italia, y *champagne* y vegueros á discreción, vacilé un momento? Pues no lo creas: los arrojé con la misma tranquilidad ¡qué digo tranquilidad! con la misma satisfacción con que Buckingham, rompiendo el hilo que las sujetaba, sembró de perlas la alfombra del palacio de su amante.

Compré las joyas, y las llevé á mi casa. No puedes figurarte nada más hermoso que aquel aderezo. No extraño que las mujeres suspiren alguna vez al pasar por delante de esas tiendas que ofrecen á sus ojos tan brillantes tentaciones; no extraño que Mefistófeles escogiese un collar de piedras preciosas como el objeto más á propósito para seducir á Margarita: yo, con ser hombre y todo, hubiera querido por un instante vivir en el Oriente y ser uno de aquellos fabulosos monarcas que se ciñen las sienes con un círculo de oro y pedería, para poder adornarme con aquellas magníficas hojas de esmeraldas con flores de brillantes.

Un *gnomo* para comprar un beso de una *silfide* no hubiera logrado encontrar entre los inmensos tesoros que guarda el avaro seno de la tierra, y que ellos solos conocen, una esmeralda más grande, más clara, más hermosa que la que brillaba, sujetando un lazo de rubíes, en mitad de la diadema.

Dueño ya del aderezo, comencé á imaginar el modo de hacerlo llegar á la mujer á quien lo destinaba.

Al cabo de algunos días, y merced al dinero que me quedó, conseguí que una de sus doncellas me prometiese colocarlo en su guarda-joyas sin ser vista; y á fin de asegurarme de que por su conducto no había de saberse el origen del regalo, la di cuanto me restaba, algunos miles de reales, á condición de que, apenas hubiese puesto el aderezo en el lugar convenido, abando-

naria la corte para trasladarse á Barcelona. En efecto, lo hizo así.

Juzga tú cuál no sería la sorpresa de su señora cuando, después de notar su inesperada desaparición, y sospechando que tal vez había huido de la casa llevándose alguna cosa, encontró en su *secrétaire* el magnífico aderezo de esmeraldas. ¿Quién había adivinado su pensamiento? ¿Quién había podido sospechar que aún recordaba de cuando en cuando aquellas joyas con un suspiro?

Pasó tiempo y tiempo. Yo sabía que conservaba mi regalo, sabía que se habían hecho grandes diligencias por averiguar cual era su origen, y sin embargo, nunca la vi adornada con él. ¿Desdenará la ofrenda? ¡Ah! decía yo, ¡si supiese todo el mérito que tiene ese regalo; si supiese que apenas le supera el de aquel amante que empeñó en invierno la capa para comprar un ramo de flores! Creerá tal vez que viene de mano de algún poderoso que algún día se presentará, si lo admiten, á reclamar su precio. ¿Cómo se engaña!

Una noche de baile me situé á la puerta del palacio, y confundido entre la multitud, esperé su carruaje para verla. Cuando llegó éste, y, abriendo el lacayo la portezuela, apareció ella radiante de hermosura, se elevó un murmullo de admiración de entre la apiñada muchedumbre. Las mujeres la miraban con envidia, los hombres con deseo; á mí se me escapó un grito sordo é involuntario. Llevaba el aderezo de esmeraldas.

Aquella noche me acosté sin cenar; no me acuerdo si porque la emoción me había quitado las ganas ó porque no tenía qué: de todos modos, era feliz. Durante mi sueño creí percibir la música del baile y verla cruzar ante mis ojos, lanzando chispas de fuego de mil colores, y hasta me parece que bailé con ella.

La aventura de las esmeraldas se había trasladado, siendo objeto, cuando aparecieron en su *secrétaire*, de las conversaciones de algunas damas elegantes.

Después de haberse visto el aderezo, ya no quedó lugar á dudas, y los ociosos comenzaron á comentar el hecho. Ella gozaba de una reputación intachable. A pesar de los extravíos y del abandono en que su marido la tenía, la calumnia no pudo jamás elevarse hasta el alto lugar en que la habían colocado sus virtudes; sin embargo, en esta ocasión comenzó á levantarse el *venticello* por donde comienza, según don Basilio.

Un día en que me hallaba en un círculo de jóvenes, se hablaba de las famosas esmeraldas, y un fatuo dijo al fin, como terminando la cuestión:

—No hay que darle vueltas: esas joyas tienen un origen tan vulgar, como todas las que se regalan en este mundo. Pasó ya el tiempo en que los genios invisibles ponían maravillosos presentes debajo de la almohada de las hermosas, y el que hace un regalo de ese valor es con la esperanza de la recompensa... y esa recompensa, ¿quién sabe si se cobraría adelantada!...

Las palabras de aquel necio me sublevaron, y me sublevaron, sobre todo, porque encontraron eco en los que las oían. No obstante, me contuve. ¿Qué derecho tenía yo para salir á la defensa de aquella mujer?

No había pasado un cuarto de hora cuando se

me ofreció la ocasión de contradecir al que la había injuriado. No sé á propósito de qué le contradije; lo que te puedo asegurar es que lo hice con tanta aspereza, por no decir grosería, que de contestación en contestación, sobrevino un lance. Era lo que yo deseaba.

Mis amigos, conociendo mi caracter, se admiraban, no sólo de que hubiese buscado un desafío por una causa tan fútil, sino de mi empeño en no dar ni admitir explicaciones de ningún genero.

Me batí, no sé decirte si con fortuna ó sin ella, pues aunque al hacer fuego vi vacilar un instante á mi contrario y caer redondo á tierra, un instante después sentí que me zumbaban los oídos y que se oscurecían mis ojos. También yo estaba herido, y herido de gravedad en el pecho.

Me llevaron á mi pobre habitación presa de una espantosa fiebre... Allí... No sé los días que permanecí, llamando á voces no sé á quién... á ella sin duda. Hubiera tenido valor para sufrir en silencio toda la vida, á trueque de obtener al borde del sepulcro una mirada de gratitud; ¡pero morir sin dejarle siquiera un recuerdo!...

Estas ideas atormentaban mi imaginación en una noche de insomnio y de calentura, cuando vi que se separaron las cortinas de mi alcoba, y en el dintel de la puerta aparecía una mujer. Yo creí que soñaba, pero no. Aquella mujer se acer-

có á mi lecho, á aquel pobre y ardiente lecho en que me revolcaba de dolor; y levantándose el velo que cubría su rostro, dejó ver una lágrima suspendida de sus largas y oscuras pestañas. ¡Era ella!

Yo me incorporé con los ojos espantados, me incorporé y... en aquel punto llegaba frente á casa de Durán...

—¡Cómo! exclamé yo interrumpiéndole al oír aquella salida de tono de mi amigo, ¿pues no estabas herido y en la cama?

—¡En la cama!... ¡Ah! qué diantre!... Se me había olvidado advertirte que todo esto lo vine yo pensando desde casa de Samper, donde en efecto vi el aderezo de esmeraldas y oí la exclamación que te he dicho en boca de una mujer hermosa, hasta la Carrera de San Jerónimo, donde un codazo de un mozo de cuerda me sacó de mi abstracción frente á casa de Durán, en cuyo escaparate reparé un libro de Mery con este título: *Histoire de ce qui n'est pas arrivé*, «Historia de lo que no ha sucedido». ¿Lo comprendes ahora?

Al escuchar este desenlace, no pude contener una carcajada. En efecto, yo no sé de qué tratará el libro de Mery; pero ahora comprendo que con ese título podrían escribirse un millón de historias á cual mejores.

GUSTAVO A. BECQUER.

À UN AMIGO INÉDITA

Con el dador te mandó, don Joaquín,
setenta y dos realazos de vellón,
por las catorce varas de alepín,
y si no es alepín será mahón,
ó será lo que sea, porque, al fin,
en telas de mujeres al varón
no le toca en el mundo averiguar
si no cuánto dinero ha de aflojar.

Bien lo sabrás por experiencia tú,
que pagarás, sin entender lo que es,
ya una cosa que llaman *canesú*,
ya un vestidón con *pasa*, otro con *biés*,
ya las *bertas*, que cuesta un Perú,
ya el *Camail*, invenciones del francés:
y tú, de esta Babel, ¿qué entenderás?
La suma de la cuenta ¡y nada más!

Pero, en cambio, confiesa, y yo también
estoy pronto, Joaquín, á confesar,
que para algún mal rato que nos den,
muchos buenos las hembras suelen dar.

Así, pues, yo declaro que hace bien
el hombre que cansado de rodar,
busca, por fin, la dicha que no halló,
donde tú la buscaste y donde yo.

Esto de entrar en casa un hombre y ver,
si trae de la oficina mal humor,
que sale á recibirle la mujer
con los hijos saltando al rededor;
que se sienta con ellos á comer;
que luego le ocarician con amor,
y por la noche... ¡Oh, gozo sin igual!
¡Es mucha cosa el tálamo nupcial!

Vengan, pues, las modistas en tropel,
vengan los diamantistas mil á mil;
aunque traigan la cuenta en un papel
más largo que de Cádiz al Brasil,
nunca nos costarán lo que el burdel
cuando hicimos la vida estudiantil.
y, ahorrándonos la esposa tal renglón,
nos suele ahorrar también... Pero ¡chitón!

VENTURA DE LA VEGA.

LÓGICA EXTRAÑA

«¡Todo, todo en el mundo
crece cuarenta metros por segundo!»

Esto decía un loco á cierto sabio
que visitaba un día el manicomio.
Al oír inferir tan rudo agravio
al sentido común, con vehemente

celo, digno de encomio,
quiso pulverizar rápidamente
la afirmación absurda del demente.

Inútilmente; en vano buscó el modo;
cortóle el paso esta verdad probada:
«A creer cuanto ve nuestra mirada,



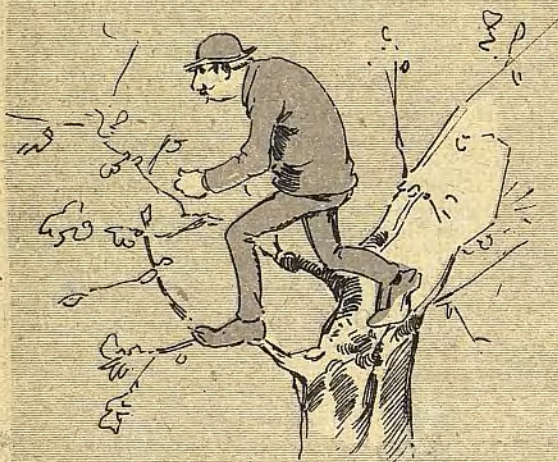
Soltar la mosca



Irsele la cabeza



Sudar la gota gorda



Andarse por las ramas



Echar chispas



Pescar una breva



Pasar el charco



A su querido Ruperto
va la corona á llevarle;
constancia loable por cierto,
porque ni aun despues de muerto
deja ella de coronarle.



—¿Y fué el mi padre?—No lo sé de fijo;
pero por si lo fué ¡rézale, hijo!



Lugar en donde están
los que no vuelven nunca cuando van,



y á quienes por un rato van á ver
los que piensan volver.
(Reflexión de un filósofo alemán)

creciendo nuestra vista como todo,
no crecería á nuestros ojos nada.»

Pensó que si el absurdo aconteciera,
creciendo todo en proporción debida,
eternamente igual la razón fuera
entre lo mensurable y la medida.

No encontró medio el sabio
de combatir del loco el desvario,
y dijo al fin con balbuciento labio:

—Por más que me es sensible
tu afirmación extravagante y vana,
yo no puedo probar que es imposible.
¡Es limitada la razón humana!
¡Dios la hizo así!

—¡No hay Dios!

¡Podrás probarme acaso
que Dios no existe?

—¡Cállate, impío!

—Y de que yo no pueda
probarlo ¡no resulta el mismo caso
de antes? ¿o quieres que á tu juicio ceda?
¡Hay Dios? Corriente. Concedido queda,
pues no puedo probar que Dios no existe.
Pero te exijo, y la razón me asiste,
y así en tu misma lógica me fundo,
que has de admitir el hecho extraordinario
de que todo en el mundo
crece cuarenta metros por segundo,
pues no puedes probarme lo contrario.

JOAQUÍN M.^a BARTRINA.

DOS SONETOS

Á UNA

Dices que la conciencia te provoca
á contarme por fin lo sucedido;
que es verdad el recelo que he tenido
y con Fulano me ofendiste loca.

¡Y me pides perdón! A mí me toca
demandarlo de ti, que injusto he sido,
pues que nunca posible había creído
que una verdad saliese de tu boca.

Y tú imaginas, de rubor turbada,
que hoy mi desprecio con razón comienza
¡cuando nunca te he visto tan honrada!...

Mas no es extraño que el rubor te venza,
que el hacer algo bueno es humorada
que ha de costarte un poco de vergüenza.

Á UNOS PIES

Me parecen tus pies, cuando diviso
que la falda traspasan y bordean,
dos niños que traviesos juguetean
en el mismo dintel del Paraíso.

Quiso el Amor y mi fortuna, quiso
que ellos el fiel de mi esperanza sean:
de pronto, cuando salen, me recrean,
cuando se van, me afligen de improviso.

¡Oh, pies idolatrados! ¡Yo os imploro!
y pues sabéis mover todo el palacio
por quien el alma enamorada gime,
traed á mi regazo mi tesoro,
y yo os aliviaré por largo espacio
del dulcísimo peso que os oprime.

ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

AL MAR, Y OTRAS COSAS

¡Salud, espejo del cielo,
de las pasiones imagen,
ancha altombra de esmeralda,
archivo de tempestades,

y otras mil comparaciones
con que te aturden los vates!
Aquí estoy... porque he venido,
y vine... por antojárseme.

No te había visto en mi vida,
y cuando te vi ayer tarde,
me quedé... como me estaba,
ni más chico, ni más grande;
que aunque te admiro de veras,
para mí es tan admirable
la hormiga de los caminos
ó la humilde flor del valle.

Por eso, al verte, no siembro
los lindes de este romance,
ni de puntos suspensivos,
ni de asombros garrafales.

¿Qué tienes, pues, que á los hombres
les causas esparavanes?

¡Mal genio? Conozco gentes
que lo tienen de vinagre.

¡Gran fondo? ¡A qué pecho humano
hasta hoy ha podido hallársele?

¡Mucha agua? Al vino le sobra,
y ya no lo estraña nadie.

¡Inconstancia? ¡Ya quisieran
las mujeres imitarte!

¡Tú al menos has sido siempre,
en tu inconstancia, constante!

Si es porque comes tesoros
con apetito insaciable,
más come cualquier gobierno
de las presentes edades.

Así mar, en vano esperas
que me altere ó que me espante,
abriendo un palmo de boca
y unos ojazos sin margen.

Otros objetos me ocupan
que el ver desde este paraje
olas que vienen al trote,
olas que marchan á escape.

Hay un pedazo de playa
(mejor pudiera llamarle
pedazo de paraíso)
que me encanta y que me atrae.

Por él vagan como sombras,
pero de hueso y de carne,
unas niñas como soles,
de los curiosos, imanes.

Envueltas las miro en sábanas
y en batas que agita el aire,
como si fuesen banderas
de fuertes inexpugnables.

Y así debe ser, que hay ojos,
entre aquellos ojos, tales,
que nos matan si no miran,
y si miran nos deshacen.

Esas, pues, niñas hermosas
aguardan para bañarse,
que el sol á dormir se vaya
y la luna se levante.

Y unas se lavan, en tanto,
los breves pies virginales,
que afrentan á las espumas
por lo blancos y lo suaves.

Y otras juegan con las conchas
menudas y desiguales,
que en la arena va dejando
el vaivén del o'ejaje.

Esta salta, grita aquella,
quien, pellizquitos reparte,
y quien cosquilla atrevida,
que, pues les gusta, á miel sabe.

¡Qué risas, y qué algazara!
¡Qué taparse y destaparse!
¡Qué chillidos, si se acerca
algún hijo de su padre!

Ya, por fin, el rubio Febo
emigra á paso de ataque,
y al mar se arrojan las niñas
que las besa al arrojarle.

Y no contento con esto,
tiende sus brazos amante
y las estrecha arrullándolas...
¡Bien sabe lo que se hace!

¡Oh! ¡quien se volviera entonces
ciudadano de los mares!
Con ser merluza, sardina
ó langosta, contentárame.

No os metais, no, mar adentro,
no os suceda algún percance,
pues hay en él sepulturas
y hay escollos formidables.

Peces quizá, que por daros
muestras de un cariño cafre,
en vez de besos dulcísimos,
dentalladas os regalen.

Y olas habrá que, amorosas
tal posesión disputándose,
riñan entre sí con furia
y de la orilla os arranquen.

Id con precaución, doncellas,
para que el agua no os pase
de los tobillos, y luego
venga el *requiescant in pace*

Doncellas, idos con pulso,
no os metais donde no os llamen,
que á veces un gusto breve
dolores cuesta muy graves.

Doncellas, medid lo; pasos,
pues mejor es que os alcance
una mirada indiscreta
que el que un tiburón os zampe.

Os cercan muchos peligros,
y es una cosa muy fácil
que os reciba la mar virgenes
y os eche á la playa mártires.

Yo, que no os pierdo de vista,
pediré al cielo que os guarde,
que de ese arenal enjuto
ni media vara os separe.

Y no temais que imprudente
lo que descubra delate,
que no soy de policía,
ni lo seré aunque me sajen.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Suplico á los señores
corresponsales á quienes
hayan sobrado ejemplares
del número pasado, se sir-
van devolverlos cuanto
antes á esta administra-
ción, que, sobre agra-
de cerlo, les abonará en
cuenta la devolución.

El numerito citado que-
dó agotado en Barcelo-
na á las pocas horas de ser
puesto á la venta... y no
se encuentran aquí ejemplares por un ojo de
la cara.

Próximo ya á entrar en prensa el primer plie-
go del *Almanaque*, ruego á los señores que quie-
ran honrarme colaborando en él, se sirvan remi-
tir sus composiciones antes del 15 de Noviembre,
día en que termina el plazo de admisión de origi-
nales.

Así mismo ruego á los señores corresponsales
hagan el favor de ir mandando sus pedidos con
tiempo para evitar retrasos y quejas, si, como
sucedió el año pasado, agotada en pocos días la
edición del *Almanaque*, no tuvieran de antemano
señalado el número de ejemplares que desean.

Y... nada más.

Dos palabritas para explicar el autógrafo de
Wagner que hoy publicamos.



Cumpuso el maestro
este autógrafo (que se
conserva en el «Album de
firmas y pensamientos de
viajeros» del *Hotel de
Prusse* en Leipzig) en
honor de don Luis Kraft,
dueño del Hotel, quien
agasajó extraordinaria-
mente á Wagner cuando
en 1871 estuvo en Leipzig
el famosísimo composi-
tor.

He aquí la traducción de la letra, algo forzada
y premiosa por habernos visto precisados á con-
servar al acento en las sílabas pares, ateniéndonos
al metro empleado en el original alemán.

- 1 Muy poco cuesta prometer,
pero en cumplir el *quid* está.
Hoy de esta fonda sabe hacer,
sin prometerlo, un Eden, Kraft.
- 2 ¡Ciudad querida en que nació
tu Municipio ¡qué me da?
Me ofrece, en cambio, albergue aquí
y mil placeres el buen Kraft.
- 3 Eterna sea mi canción,
hecha en honor de la amistad.
Mejor fondista en la Nación
del Arte no hay ¡Que viva Kraft!
¡Y que, Vds. la canten y se diviertan!

J. Solé, impresor, Ronda Universidad, 9.

COSAS DEL DIA, por Mecachis.



—Y Vd., doña Pánfila: ¿no les lleva nada a sus difuntos?

—¡Si tengo siete, hijal! Soy viuda siete veces. De modo que como no les lleve las coronas en una conductora....

ANUNCIOS

CORRESPONSAL EXCLUSIVO
PARA LAVENTA DE "LA SEMANA CÓMICA"
EN MADRID

D. Cipriano Sobrino.—Ayala, 11

FOTOGRAFÍAS INTERESANTES

Catálogo, 50 cts. en sellos de correo.

The Publishing Office. — Amsterdam

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PENÍNSULA, BALEARES Y CANARIAS

ULTRAMAR Y EXTRANJERO

Semestre.	5 pesetas.	Semestre.	750 pesetas.
Año.	8	Año.	1250

Redacción y administración: Vertrallans, 3, principal